



LA
SENDY
DE
VESTA

ALFONS MALLOL GARCIA

DIDYC



Alfons Mallol Garcia

La senda de Vesta



La senda de Vesta
© 2014 Alfons MalloI Garcia
www.alfonsmallol.com

Primera edición: diciembre de 2014

Ilustración:

Marc Escachx Jacob (escachx.blogspot.com.es)

Diseño de cubierta:

Oli Ferrando (www.oliferrando.com)

Quedan reservados los derechos de reproducción y difusión total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Vieja ciudad

Desde la terraza de la suite del hotel asentado en una colina de la periferia, se contemplaba perfectamente cómo la vieja y antigua ciudad terrícola, de calles cuadradas y bien ordenadas, se extendía hacia el este hasta alcanzar el mar, con sus puertos y sus playas como último rincón urbanizado. Esa ciudad era tan vieja que su edad se cuenta en docenas de siglos, pues su historia era milenaria, como tantas otras ciudades de ese continente llamado Europa. Y como en todas esas ciudades, su historia estaba teñida por el oscuro carmesí de la sangre derramada por valientes e inocentes a partes iguales, creándose así los cimientos de las naciones y las culturas humanas. Sin embargo, ya no había ninguna guerra, revuelta o levantamiento amenazando la paz de los millones de humanos que ajetreadamente se desplazaban como si vivieran en un organizado y metódico hormiguero donde cada hormiga tiene una tarea y un estatus asignado.

—Me recuerda a París —opinó una joven de voz grave que, apoyada en la barandilla de la terraza, contemplaba impasiblemente el espectáculo—. Tal vez Nueva York se le parece más, salvando las distancias; París no tiene mar.

—Supongo que a ojos de una extraterrestre todas las ciudades de este planeta se parecen —le respondió la voz de un hombre mayor que descansaba en un confortable sillón de mimbre bien acolchado.

Ambos, allí solos en la terraza, únicamente acompañados por una suave brisa que hacía más llevadero el atardecer, se mantenían aislados del ajetreo de las gentes que iban y venían de lugares y sitios que poco importaban a esas dos personalidades.

—Me alegra que hayas podido venir. Desde que te reincorporaste que tenía ganas de poder volver a verte y preguntarte cómo te van las cosas —confesó el hombre mientras se servía un vaso de un viejo whisky escocés.

La mujer seguía mirando la ciudad con curiosidad. Se fijó en el puerto más grande, de donde partían y llegaban los cruceros recreativos y los grandes mercantes. En esos instantes, uno de esos grandes navíos llenos de contenedores entraba en los muelles.

—Creo que es la primera vez que veo un barco de mercancías llegando a puerto —admitió la mujer antes de sorber un poco del brandy que albergaba en la copa que sostenía su mano derecha.

El hombre rió levemente, divertido ante esa sorprendente ingenuidad.

—Tantas cosas que has visto, cosas que mucha gente nunca verá y que muchos ignoran su existencia, y a pesar de todo esto, todavía desconoces la Tierra —ironizó el hombre antes de sorber sutilmente su whisky.

—No me arrepiento de ello, ni creo que sea necesario conocerla para hacer bien mi trabajo

–replicó la mujer mientras se daba la vuelta para sentarse otra vez en su sillón al lado de la mesa—. Además, estas viejas ciudades se extienden por la faz del planeta igual que las células cancerígenas lo hacen en un ser vivo. Solo tiene que verlas desde el espacio para darse cuenta.

–No quería ofenderte.

–No me ha ofendido, señor. Solo que en mi planeta natal las ciudades son más ordenadas y mucho más respetuosas con el medio ambiente. –Agitó tenuemente su copa, liberando el aroma del licor añejo—. Aunque comprendo que partimos con cierta ventaja.

–Cuando estas ciudades se fundaron, los humanos ni sabían qué era el medio ambiente – argumentó el hombre mayor, que bien podría ser el padre, o incluso el abuelo, de la muchacha que se sentaba en frente—. Y ya hace algunos años que me retiré y dejé atrás la vida militar y mi rango de almirante. Llámame Abrams, o Roland, que es mi nombre de pila.

–Creo que también es la primera vez que oigo su nombre de pila, señor.

Ambos soltaron una risa cómplice.

–Una vez más, gracias por venir a visitarme antes de que os vayáis.

–No hay de qué, señor. Cuando se recibe una invitación de una eminencia como usted, sería de necios rechazarla. Además, estaba por aquí cerca, en Italia, visitando a Silvia.

–¿Silvia deMartino? ¿Cómo le va? He oído que se casó y que ha tenido dos preciosas niñas.

–Sí, gemelas. Las tres están muy bien cuidadas: no hay nada como tener un marido calzonazos.

Abrams rió divertido.

–¡Es que era increíble! –exclamó la joven dejando de lado el protocolo—. Silvia y yo nos hemos pasado el fin de semana disfrutando del mar y descansando en las tumbonas mientras que su marido, no solo atendía a las niñas, sino que también preparaba todas las comidas y limpiaba la casa. –La joven dejó su copa en la mesa, no era muy aficionada a la bebida, aunque reconocía que ese viejo brandy proporcionaba una agradable sensación en su paladar—. Aunque tampoco me quejo por ello, tiene sus ventajas.

El viejo almirante se permitió el lujo de reír jocosamente imaginándose la situación. Había conocido a ambas mujeres durante su última etapa de alto comandante, y las recordaba por haber sido de los soldados más notables que nunca había tenido bajo sus órdenes, que habían sido centenares de miles.

La joven también sonreía divertida, aguardando a que su antiguo, pero todavía muy respetado superior continuara con la conversación.

–Dígame, sargento, ¿qué tal su pelotón? –El viejo militar era consciente de que la muchacha nunca lo trataría como un civil más y que se sentía más cómoda en un entorno castrense.

–Lo de siempre: ladrones, estafadores, timadores, traficantes..., que se han convertido en auténticos legionarios. A pesar de que desconocen cuál será su misión, la cumplirán con determinación, a cambio de una paga irrisoria y a cuenta de su condena. –La sargento caviló unos instantes—. La verdad es que yo tampoco tengo muy claro cuál es la misión. Solo tengo la certeza, amenizada por muchos rumores, de que estaremos fuera mucho tiempo.

–¿Y qué opina de esos rumores? –El almirante decidió entrar en el juego de intercambio de información. Al fin y al cabo, por algo la había invitado a venir.

–Son solo rumores, pero si los sumo a lo que ya sé, me indican que han descifrado gran parte de la información del planeta santuario y que hay una expedición en marcha. Es más, dado el aumento del ritmo del reclutamiento de la UNAF desde hace algunos años, especialmente en la Legión, creo que ya hace algo de tiempo que empezaron a mandar las avanzadillas.

Abrams asintió parsimoniosamente ante la atenta mirada de ojos verdes de la muchacha.

–Estás muy bien informada, laFontaine, me impresionas –confesó el asombrado almirante.

–Le recuerdo que estuve un tiempo en Diplomacia y uno de mis destinos fue Gliese 581, es decir, el planeta santuario. –Suspiró recordando esa misión como si hubiese sucedido hace siglos–. Si lo hubiera sabido, hubiera prestado más atención a lo que ocurría allí. Aunque pensar en estas cosas es tontería: lo hecho, hecho está, y hay que apechugar con ello.

–Puedo decirte que ya se han hecho exploraciones preliminares y que se ha decidido pasar a la siguiente fase: establecer colonias permanentes.

–Entonces la cosa está más avanzada de lo que me imaginaba. ¿Y vamos las tres?

–Sí, las tres. Las IAs hicieron un papel formidable por su parte, como era de esperar, y construyeron la mayor nave espacial de todos los tiempos, al menos de nuestros tiempos.

–El Arca –aseguró laFontaine–. No tengo ni idea de cómo es.

El almirante asintió:

–La visité una vez por invitación de Tereshkova, y nadie puso ninguna objeción, a pesar de no ser almirante y estar desvinculado de la Legión y del proyecto. Ya verás que es enorme y excelentemente equipada.

–¿Y no lamenta no poder encabezar la expedición?

–No, en absoluto. Cuando uno se hace mayor tiene que saber reconocer cuándo le llega el momento y apartarse para dejar que las nuevas generaciones tomen el control de la situación. Pero, cuando se haga público, qué seguro que será muy pronto, iré a echar un ojo a ese nuevo territorio.

–¿Me puede contar algo más sobre el Arca?

–Únicamente sé que es inmensa y efectiva. La han construido las IAs a solas, sin la ayuda de nadie, y cumplirá su propósito a la perfección: servir de centro de operaciones y de alojamiento para humanos, mereleas e IAs.

El didyc de la sargento vibró en su muñeca.

–Debo irme ya, señor, o perderé el vuelo hacia la base de Abuya: nuestro batallón se reúne allí.

–Ha sido un placer volver a hablar contigo. Espero no tener que esperar otros cuatro años para que podamos volver a vernos. Qué el vínculo os proteja.

–Lo mismo le deseo, señor.

La joven sargento laFontaine se levantó de la silla, saludando marcialmente a su antiguo alto comandante, y luego le estrechó la mano amistosamente.

Mobilización

de: Victoria laFontaine García vonNeumann Smith <viclafgarvonsmi@unaf.tc>

para: Silvia deMartino <silvia.deMartino.187@unaf.it>

Asunto: **Partida de Abuya**

¡Saludos, perra de guerra!

Te estoy escribiendo en plena ascensión desde el ascensor orbital de Abuya, aunque hasta que no llegemos arriba no se enviará el mensaje.

Como te dije, ayer fui a ver al viejo almirante Abrams. ¡Ya me gustaría llegar a su edad con tan buena forma! Aunque fue muy hablador, no me contó nada que no supiera, y creo que es porque no sabe nada más. De todas formas, te puedo confirmar los rumores y decirte que efectivamente nos vamos al Planeta Santuario y luego... supongo que al quinto coño. Aunque si me baso en el tipo de entrenamiento que hemos hecho, la primera parada será un planeta bastante parecido a la Tierra.

Tardaré a poder recibir tu respuesta, no solo por el viaje, sino porque las comunicaciones con la Tierra estarán muy limitadas, tanto en Gliese como en donde carajo vayamos. Así que deseo que estéis bien las tres dictadoras y que dejéis respirar al calzonazos de tu marido.

Por cierto, ¿a qué no adivinas quien es el enlace de inteligencia de nuestra compañía? Te lo diré, es nuestro Ramírez, el mismo Ramírez que conocimos hace ya cuatro años en Sirius, y sigue sin gustarle las armas. En el fondo me alegra que esté por aquí, al menos tendré a alguien conocido con quien hablar.

¡Hasta pronto!

Un ferry de Abuya

La Legión había movilizado una brigada entera con todo su material para que la humanidad pudiera afrontar la fase inicial de esa nueva colonización. Eso significa trasladar a más de cuarenta mil efectivos y varios centenares de toneladas de equipamiento militar de diferente índole. Para lograr tal traslado se fletaron varias docenas de naves civiles de las que cubrían las comunicaciones entre la Tierra y las colonias humanas, como Alfa Centauri, Epsilon Eridani, Tau Ceti o Sirius, con lo que el transporte comercial se resintió durante ese mes. Las naves se organizaron en flotillas que trasladaban a todo un batallón entero e iban escoltadas por destructores y fragatas de la misma Legión y con el mismo destino. Los ferris transportaban a los soldados y sus pertenencias, así como los pertrechos que pudieran embarcar en sus bodegas; el resto de material, especialmente el más pesado, viajaría en transbordadores mercantes.

En uno de esos ferris, perteneciente al batallón 2334, y que partiría desde la estación orbital de Abuya, situada en el extremo del ascensor espacial emplazado en las afueras de la capital de Nigeria, estaban embarcando los más de cuatrocientos hombres y mujeres que componían la quinta compañía de susodicho batallón. Desde el capitán que los dirigía hasta el soldado más novato, pasando por el sargento más veterano y el oficial más fervoroso, tomaban sus respectivos asientos como cualquier otro civil lo hubiera hecho; eso sí, la tropa en clase turista y los oficiales y suboficiales en clase preferente. El viaje duraría pocas horas para los pasajeros y tripulantes, pero pasarán nueve días hasta que aparecieran en el punto de destino. Un destino desconocido para la tropa.

—Flores, ¿ya tienes alguna idea de a dónde vamos? —preguntó el soldado Jiménez a su compañero, ambos pertenecientes al pelotón 66 de la misma compañía.

—Lejos, muy lejos —le respondió el cabo primero sin muchas ganas.

—¿Pero como de lejos?

—Mucho, Jiménez, mucho —le respondió la soldado de primera Guzmán, que también pertenecía al mismo pelotón—. Te recuerdo que la sargento nos dijo que nos despidiéramos de nuestras familias y allegados porque tardaríamos en volver a la Tierra.

—Lo que me hace recordar que nos puso deberes —comentó el cabo primero Flores sacando su didyc y desplegándolo, para conectarlo a los servicios de la nave y eligiendo la opción de vista exterior de popa—. Mirad, funciona. Veo perfectamente la curvatura de la Tierra.

—Ya vimos cómo el horizonte se iba curvando lentamente a medida que subíamos. No hay nada de especial en ello —opinó la soldado Angulo.

—Pues a mí me gusto verlo, te ayuda a comprender la fragilidad de la Tierra —replicó el soldado Yang.

–A mí también me gustó, te hace sentir más unido al universo –añadió el soldado Zhang.

–Si la sargento nos ordena algo, tenemos que hacerlo. Así que todos a mirar por la popa – argumentó el cabo Levoso.

–Realmente, fue más bien una recomendación –objetó el soldado Vidal.

–¿Es que hay alguna diferencia cuando viene de tu jefe de pelotón? –expresó el soldado de primera García.

–Tampoco nos vamos a chivar a nadie. Haced lo que queráis –dijo Flores con tal de terminar la discusión, y sin apartar la vista de su didyc desplegado.

Los demás componentes del pelotón, al igual que todos los soldados que había en la sala, tomaron su asiento y se dejaron llevar allí donde fuese que iban.

–Distinguidos pasajeros, les habla el comandante de la nave. Ahora mismo hemos terminado el embarque y procediremos a desacoplarnos de la plataforma para iniciar las maniobras de salto. En nombre de toda la tripulación, les deseamos que tengan un feliz y placentero viaje.

El cabo seguía mirando las imágenes de popa que mostraba su didyc. Se veía una pequeña porción de la Tierra que descubría parte de la costa africana occidental bañada por el océano Atlántico. Luego la nave empezó a acelerar, y el horizonte se fue curvando cada vez más y más, dejando atrás África para mostrar el mar Mediterráneo y Europa, y finalmente contemplar el océano Ártico y ver cómo el horizonte se curvaba completamente, dejando de ser tal para convertirse en un planeta azul con manchas blancas, verdes y ocres. Y, poco a poco, se fue convirtiendo en un objeto tan diminuto que podía aplastarse con un pulgar.

–Salto en 6... 5... 4... 3... 2... 1... –Una brillante luz azulada atravesó el compartimiento–. Salto completado.

El pequeño disco al que habían llamado hogar, donde habían nacido y crecido, estudiado y jugado, divertido y sufrido los miembros del pelotón 66, había desaparecido de la pantalla del didyc. Ahora solo se veían estrellas, muchas estrellas, y un mensaje en un rincón de la pantalla que decía «Fecha y hora actualizadas»; habían pasado nueve días.

Mientras tanto, una joven sargento de pelo rojizo y de penetrantes ojos verdes seguía observando su didyc, también desplegado completamente, y navegaba por los menús de vistas del ferry, cambiando de cámara rápidamente.

–¿Qué bu'ca', muxaxa? –se interesó el sargento mayor de voz ronca y entrecortada que se sentaba a su lado–. Creo que ese planeta santurrón lo tenemos' delante.

–Estaba intentando ver el Arca. –Siguió cambiando de vista y en cada una de ellas aparecían ferris, buques de carga y naves escolta que acaban de llegar o salían a través de un disco azulado–. Pero no hay suerte, deben estar al otro lado del planeta.

La joven sargento pronto desistió en su búsqueda porque, si sus hipótesis eran ciertas, aún faltaban tres horas para alcanzar su destino. La flotilla, cumpliendo con las normas de seguridad, había aparecido lejos del planeta y avanzaba lentamente hacia el punto de encuentro con el grueso de la expedición. Tiempo que el comandante de la compañía, el joven capitán Aladrén, un

hombre que superaba la treintena y con bastantes entradas en su pelo cortado al tres, decidió aprovechar para poner al día a sus oficiales y suboficiales, todos allí presentes.

–Señores, escuchen todos. Pronto nos acoplaremos al Arca, por lo que ahora les informaré sobre nuestro alojamiento, y luego les daré las instrucciones para que el desembarque sea rápido y ordenado.

»Las IAs han dividido la nave en varios módulos, y estos en varios niveles. Uno de estos módulos es para nuestro batallón, donde tenemos asignado un nivel para toda la compañía. Hay tres pasillos: el primero da acceso a los dormitorios y aseos de la tropa, cada pelotón tiene uno asignado, y los aseos son compartidos para cada sección; el segundo es para los suboficiales y oficiales, donde cada cual tiene su propia habitación, incluyendo un aseo completo; el tercero da acceso a la sala polivalente y al comedor. Dentro del mismo módulo hay un nivel adicional con las dependencias del mayor y algo que servirá de centro de mando. Una cosa más sobre los módulos: os podéis mover libremente por ellos e ir de un nivel a otro, pero para ir a otro módulo hay que usar el ascensor. Supongo que sobra decir que la tropa solo está autorizada para estar en su nivel.

»Sobre el desembarco. Abandonaremos el ferry sin recoger nuestras pertenencias: las IAs se encargaran de llevarlas a nuestras estancias. Debido al tamaño de los ascensores, tendremos que usarlos por pelotones. Empezará el primer pelotón de la primera sección, luego el segundo pelotón de la misma sección y así hasta llegar al sexto pelotón de la sexta sección. Cada sargento deberá responsabilizarse de llevar a su tropa al dormitorio asignado. Los oficiales se distribuirán entre esos transportes, los alféreces irán con su primer pelotón y los tenientes con el último; en mi caso, seré el último en abandonar el ferry mientras que mi ayudante será la primera.

»Se les ha transferido la información detallada a sus didyos. Revísenla mientras voy a hablar con la tropa.

El capitán Aladrén, seguido por su ayudante, la alférez Betancourt, una joven algo entradita en carnes y muy poco habladora, abandonaron la estancia para ir a dar las instrucciones pertinentes a la tropa. Mientras, el resto del personal revisó las notas que les habían enviado.

–¿Vicky, has visto esto? No vamos a estar solos –comentó el teniente Ramírez, el enlace de inteligencia de la compañía, a su amiga la sargento laFontaine–. Hay módulos exclusivos para las megacorporaciones y La Academia, además de los del gobierno y otros de usos civiles y diplomáticos. Y esto solo para los humanos, a saber que tienen las *mujeres*.

–También hay módulos de entrenamiento y maniobras –respondió admirada la sargento–. Y hangares suficientemente grandes para albergar este ferry.

–Po' lo que parese, esa' máquina' no se han olvida'o de na'a, ¡incluso hay zona' recreativa! –agregó el sargento mayor Montoya.

La conversación siguió con el mismo tema durante largo tiempo. El Arca era una obra de ingeniería nunca vista, y a pesar de que no disponían de ningún tipo de información técnica, incluyendo las tan típicas como las medidas o el peso, estaba claro que superaba con creces a cualquier nave humana, incluyendo los tres grandes acorazados: el Fénix de la Guardia Solar, el

Quimera de la Legión y el Magallanes de la Armada.

Al rato volvió solamente el capitán, dispuesto a responder a las preguntas de sus subordinados en lo que buenamente pudiera, ya que él tampoco disponía de más información de la que había entregado a sus subcomandantes y jefes.

–¿Ha dejado a Betancourt con la tropa? –murmuró Ramírez.

–Eso es cruel. Se la van a comer –le respondió laFontaine también en voz baja.

–Y no solo con lo' ojo' –añadió Montoya, lo que le mereció una mirada de reproche de la sargento-. ¡¿Qué?! Esa xixa de má' hase que se marquen su' curva'.

–Hombres...

Al cabo de un par de horas, la flotilla de ferrys y cargueros, junto a su escolta, ya se había acercado lo suficiente para poder ver con detalle el planeta santuario. Sus orbitas estaban llenas de puntos de diferentes tamaños que relucían ante la luz de Gliese 581, puntos que a medida que se iban acercando tomaban la forma de naves espaciales de toda índole: corbetas, destructores, fragatas y cruceros humanos; interceptores, asoladores, conquistadores y nodrizas mereleyas; y cañoneras y baluartes IAs. Y entre ellas destacaban especialmente un par.

La que llevaba más tiempo en funcionamiento era la base interespecies. Fue promovida al finalizar la Guerra del Segundo Contacto para que las tres especies tuvieran un lugar en el que poder dialogar, negociar y cooperar, así como un puesto de defensa del planeta santuario contra cualquier posible enemigo, especialmente los espectros. Con el tiempo también se convirtió en la sede de los esfuerzos para las investigaciones de los secretos escondidos en ese planeta, que desembocaron en la creación de la empresa que en esos momentos tenía lugar.

Cerca de la estación, pero a una distancia prudencial, se encontraba una nave de un extraño brillo tornasolado. Era monumentalmente colosal. Su descomunal tamaño empequeñecía a cualquier otra nave cercana, incluso los grandes cruceros humanos y las enormes nodrizas mereleyas parecían poca cosa a su lado.

–Eso tiene que ser el Arca –aseguró laFontaine que observaba atentamente las imágenes en su didyc-. Interesante... –murmuró mientras observaba como un enjambre de naves trabaja a su alrededor en perfecta armonía.

Pero aún faltaba algunas horas para llegar, y la flotilla de ferrys y mercantes siguió su curso hacia el Arca, surcando silenciosamente el espacio.

Legión 3345

La tropa aguardaba pacientemente su turno de desembarque. Hacía una hora que había empezado el incesante goteo de soldados a través de las pasarelas de conexión hacia el interior del Arca, y aunque iban a buen ritmo, parecía eterno. Muchas otras naves estaban vaciando sus cabinas de pasajeros y bodegas de carga en ese mismo momento, con lo que los ascensores internos trabajaban a destajo.

–Integrantes del pelotón 66: Flores, Levoso, García, Guzmán, Vidal, Yang, Zhang, Jiménez, Díaz, Torres, Angulo. Seguidme –ordenó con firmeza laFontaine.

Sus soldados, nueve hombres y dos mujeres, ya la esperaban de pie, con ganas de irse inmediatamente del compartimento de pasajeros y abandonar el transporte porque eran los últimos en salir de la nave.

–Sargento laFontaine, espere, iré con ustedes –anunció el capitán Aladrén–. Ya me he despedido de la tripulación del ferry y les he dado las gracias por todo.

Atravesaron la pasarela con la sargento abriendo el camino seguida por su tropa y el capitán cerrando la marcha para poder hacer honor a su palabra y ser el último en abandonar la nave.

El ascensor era un poco estrecho para los trece, aun así, era agradable, limpio, de colores claros y bien iluminado. Encima de la puerta había un letrero luminoso de fondo azul marino y letras que variaban su tonalidad entre el rojo y el amarillo, mostrando todo el abanico de naranjas, donde se leía «Pasarela de embarque externo - ferry Abuya 45». Al lado derecho había un panel de control formado por una única pantalla con los mismos colores que ponía «Especifique destino, por favor».

–Le cedo los honores, sargento –le concedió el capitán.

–A Legión 3345, por favor –pidió laFontaine con aplomo.

Ambos paneles cambiaron sus mensajes a «En tránsito» y una serie de luces danzaron por los bordes de la pantalla.

–No hay inercia... –musitó sorprendida la sargento.

El comentario pasó desapercibido entre los demás pasajeros; tal vez opinaban lo mismo, tal vez no se habían dado cuenta. Fuera lo que fuese, parecía que nadie le daba importancia.

El traslado duró menos de cinco minutos en completo silencio. Al llegar al lugar, la pantalla superior cambió al mensaje «Legión 3345» y el panel de la derecha indicaba «Destino alcanzado». Las puertas se abrieron, mostrando el pulcro nivel de la quinta compañía.

–Un placer compartir el viaje con ustedes. Ya nos veremos más tarde –se despidió el capitán.

La sargento se cuadró y le saludó marcialmente, tal y como mandaba el protocolo. Su tropa fue algo más lenta de reflejos, pero reaccionó a tiempo, y el capitán respondió al saludo con un ademán firme y gentil.

Seguidamente, la suboficial llevó a los soldados al dormitorio del pelotón, situado en el extremo del largo pasillo izquierdo. Una vez allí, pudieron comprobar que la misma pulcritud y sencillez también reinaba en su camarote. Había cinco literas y una cama repartidas contra las paredes laterales, alternándose con las taquillas personales de los soldados, y delante de cada taquilla alguien había dejado un cofre con el nombre de cada uno de los componentes del pelotón. Al otro extremo de la sala se encontraba el acceso a los aseos compartidos, y al lado de la entrada principal había un armario reforzado guardando sus fusiles de asalto en el interior.

—¿Cómo ha llegado el equipaje antes que nosotros? —preguntó asombrado el soldado Torres.

—Esto es eficiencia, tomad ejemplo —espetó la sargento fríamente antes de dar las últimas instrucciones con voz severa—. Como veis, ya tenéis las camas y las taquillas asignadas. Dentro de cada taquilla encontrareis cuatro uniformes: uno más de servicio para que tengáis una muda, uno de fajina, el de entrenamiento físico y el de batalla con el equipo de protección. Probáoslo todo, incluyendo el calzado, y si tenéis algún problema me lo notificáis con un mensaje; no quiero que cuando sea el momento de la verdad haya complicaciones. ¿Entendido?

—¡Sí, mi sargento! —respondieron al unísono.

—Dentro de dos horas se servirá la cena y recibiréis nuevas órdenes. Hasta entonces, y una vez os hayáis probado toda la ropa, sois libres de permanecer aquí o ir a la sala común, como más os plazca.

LaFontaine aprovechó para examinar los rostros de sus soldados y jefes de escuadra. La miraban fijamente, con respeto, algunos con un poco de temor escondido, pero le interesaba más saber si serían capaces de adaptarse a esta nueva condición de vida. Todos ellos eran terrícolas y nunca habían abandonado su planeta natal. Y no solo era la primera vez que viajaban por el espacio, sino que además lo harían por un largo periodo indefinido: sería una prueba dura para su voluntad. Pero esos rostros aún no mostraban ni un atisbo de duda, y que el interior del Arca se pareciera más a un edificio humano que a una nave espacial ayudaba mucho.

—Si nadie tiene nada que preguntar, nos veremos después de la cena.

La tropa saludó marcialmente y la sargento les correspondió antes de abandonar la sala.

—Al menos no tenemos que compartirlo con los demás pelotones —exteriorizó Jiménez.

—Parece que las IAs se han tomado ciertas molestias para que podamos conservar algo de intimidad —agregó Torres—. Esto es mejor de lo que esperaba.

—Y en las taquillas también tenemos mudas de ropa interior y toallas, además de los uniformes —comentó Levoso mientras inspeccionaba la suya.

—¡Angulo! ¿Dónde vas? —interrumpió Flores, viendo que la muchacha se dirigía a la puerta trasera.

—A darme una ducha —se excusó la chica sin ninguna intención de detenerse—. Desde que

hemos abandonado el cuartel de Abuya, no hemos tenido la oportunidad de ponernos cómodos, así que, si me permitís, me asearé, me pondré el otro uniforme, que no olerá ni a África, ni a asiento de ascensor orbital, ni a butaca de ferry, y luego me probaré los trajes.

Los argumentos esgrimidos por la soldado Angulo eran poderosos, tan poderosos que los demás compañeros miraron con ojos suplicantes al jefe de escuadra.

–Supongo que tenéis razón. –Suspiró apaciblemente–. Id, pero si no hay duchas para todos, volved los demás, no hagáis cola. Y los que se queden, que avisen por didyc al terminar, así no las ocupará otro pelotón.

Los soldados dieron las gracias a su cabo primero antes de recoger sus mudas e ir corriendo a las duchas; sobra decir que Angulo ya se había dado prisa en llegar antes que nadie.

Mientras tanto, la sargento laFontaine tomaba posesión de sus aposentos. Se trataba una habitación pequeña, pero funcional: a mano izquierda tenía la cama, con un par de cajones debajo; a la derecha se encontraba el armario ropero, y a su lado, un pequeño escritorio con tres cajones; al fondo se hallaba una puerta que daba acceso al aseo, que disponía de una ducha, un retrete y un lavabo con espejo de armarito. En el centro de la habitación alguien había dejado un cofre metalizado con su nombre, era el equipaje. Lo abrió. Lo único que había era el estuche con sus condecoraciones; cualquier otra cosa que necesitara se la proporcionaría el ejército, siempre había sido así, y siempre lo será. Aunque había una notable excepción, lo único que realmente era suyo. Del bolsillo lateral de sus pantalones sacó otro estuche y lo depositó encima del escritorio. Allí guardaba sus gafas inteligentes que amplificaban la luz o se oscurecían cuando era necesario, además de mostrar datos flotando en su campo de visión, especialmente cuando las enlazaba con su equipamiento; un complemento al cual se había acostumbrado tanto por su utilidad como por su necesidad de atenuar la luz de la mayoría de soles.

Finalmente revisó el armario. Igual que con la tropa, allí tenía todo lo que necesitara para vestirse y hacer su trabajo, incluyendo una taquilla de seguridad con su fusil de asalto. La abrió y examinó el fusil. Era nuevo, sin estrenar, un extraño totalmente desconocido; era necesario practicar con él si quería que fuese su mejor amigo.

Una vez comprobado que todo estaba en orden, pensó que podría darse una ducha y relajarse; pero antes tenía un tema pendiente.

–Arca, ¿puedes indicarme cual es la habitación del teniente Ramírez, por favor? –preguntó al aire.

Su didyc le indicó que se encontraba al otro lado del corredor, cerca de las dependencias del capitán. Y dio las gracias a las paredes.

El agregado de inteligencia de la compañía, el teniente Ramírez, se encontraba sentado en su escritorio delante del didyc completamente desplegado, revisando datos que le habían enviado sus colegas destinados en las otras compañías –aunque la mayor parte de la información eran rumores o chismes, y el resto era cierto e irrelevante– cuando alguien llamó a la puerta.

–Adelante.

Una chica alta y pelirroja, de mirada sería y penetrante, que lucía los galones de sargento en su uniforme, apareció en el umbral.

–¿Puedo entrar, mi teniente?

–Por supuesto, sargento.

La joven entró, cerrando la puerta tras de sí. El oficial no había apartado la vista de su trabajo.

–¿Permiso para hablar libremente, mi teniente?

–Déjate de formalismos, Vicky.

La joven sonrió divertida y burlona, pero él seguía interesándose más por los datos de su trabajo.

–¿Qué es esto tan importante? –se interesó Vicky acercándose por detrás mientras observaba por encima de su hombro—. ¿Es secreto?

–No, que va. Son simples tonterías rutinarias.

Las manos de la muchacha se deslizaron por debajo de los brazos del oficial, acariciándole furtivamente.

–¿Te has fijado que el ascensor no tiene inercia?

–Pues la verdad es que no. Supongo que nadie se ha fijado, será por los nervios. Tampoco creo que importe.

–Importa y mucho. Sin la inercia de los ascensores no hay forma de saber en qué posición de la nave nos encontramos. Una vez hemos entrado, no sabemos si hemos subido, bajado o ido en cualquier otra dirección. A mí esto me desorienta y no me gusta.

A medida que iban hablando, los gráciles dedos de la joven empezaron a desabrocharle la guerrera.

–Vicky...

–Juanjo... Hace más de medio año que no nos vemos.

La chica le mordió lujuriosamente la oreja al hombre que tenía en sus brazos.

–Vicky, es que me gustaría terminar con este trabajo...

La joven deslizó su sensual mano hacia la entrepierna del hombre.

–A mí me parece que te gustaría hacer otra cosa...

Le sonrió picaronamente y luego se ocupó de que él no dijera nada más, sellando sus labios con un largo y lascivo beso, arrastrándolo hacia la cama mientras lo iba desnudando. La chica se quitó la ropa rápidamente y tumbó a su hombre en la cama, cabalgándolo con pasión.

Cuando sus cuerpos se recuperaron de la extenuación, y mientras sus almas regresaban del éxtasis, Vicky se incorporó transformada en una chica alegre, feliz y despreocupada. Aunque ambos sabían que solo sería así en esa habitación: el universo es un lugar demasiado peligroso para alguien sin agallas, y letal para la gente feliz y despreocupada.

–Oye, Juanjo, ¿ya sabes por qué estamos aquí? –preguntó mientras se duchaba.

El joven seguía tumbado en la cama, preguntándose por qué tenía la suerte de contar con

una mujer así.

–Hemos venido para asegurar las colonias que se funden. Y ya te adelanto que se han encontrado muchos planetas habitables en lo poco que se ha explorado, y todos sin vida inteligente.

Vicky salió de la ducha, esclareciéndose el cabello para luego recogerlo en un moño y volver vestirse. En ese momento, Juanjo se percató que su pareja ya había venido incluso con una muda limpia, que había dejado a un lado del escritorio.

–Todo eso ya lo sé –afirmó mientras se subía los pantalones–. No me he explicado bien: ¿por qué nos quieren aquí?

–No te sigo.

–A ver si me explico. Para empezar podemos hablar del número de gente. Se ha movilizado a una brigada entera, y que yo sepa, desde la Guerra del Espectro que no se movilizaban a tantas tropas a la vez. Incluso en la del Segundo Contacto no se llegó a ese número.

–Como muy bien sabes, los planetas son enormes. Desplegar una compañía o incluso solo una sección en cada sitio candidato de cada planeta aceptable agilizaría todas las tareas de colonización y reconocimiento, además de reducir los riesgos.

–Sí, ya, pero no es solo esto. Fíjate en lo que tienes alrededor. No solo hay la Legión, también hay la Armada, por no hablar de lo que han traído las *mujeres*. Y fíjate en lo que es Arca. Es enorme, ni nosotros ni las *mujeres* podemos crear una cosa así sin que se parta por la mitad al intentar moverla. Y por si fuera poco, es gratis, no nos cobran nada.

–Todo esto es para agilizar la expansión.

–No me lo trago. Las IAs les importa un rábano la colonización. Les gusta explorar, eso sí, pero no colonizan. Sin embargo, no solo se han interesado en colonizar, sino que también se preocupan de que lo hagamos de la mejor forma posible. Y si quisieran colonizar algo, ya nos han demostrado que no necesitan nuestra ayuda.

–¿Qué insinúas?

–Que todo esto es una tapadera y que las IAs quieren que movalicemos a nuestros ejércitos porque han encontrado algo que incluso a ellas, inmortales y superiores, les da miedo a enfrentarse.

de: Silvia deMartino <silvia.deMartino.187@unaf.it>

para: Victoria laFontaine García vonNeumann Smith <viclafgarvonsmi@unaf.tc>

Asunto: **Re: Partida de Abuya.**

¡Buenas, zoccola!

O sea que estás codo con codo con Ramírez. ¿Y cuando piensas hablar con él? ¿Antes o después de tirártelo? Conociéndote, estoy segura que ya has aprovechado la primera ocasión que has tenido para «hablar» con él. A ver si ahora te sale bien y asientas la cabeza de una vez, que no te iría mal y Ramírez es un tipo muy majo. Aprende de mí, que ya he fundado una familia y ya ves lo feliz que soy.

Ya que hablamos de mi familia, hoy es nuestro primer día en Vicenza y pasado mañana tomaré el mando de mi propio pelotón de armaduras. Jo, jo, qué bien me lo voy a pasar con esos novatos cabezas huecas. Lástima que no sea un pelotón penal, porque ya sería la rehostia; estos se han apuntado para poder ganarse el permiso de residencia en alguna colonia. Por cierto, últimamente hay mucha propaganda con esto, creo que la UNAF ha empezado una campaña de reclutamiento como nunca en la historia, ofreciendo lugares de trabajo tanto en la Armada como en la Legión. ¿Qué demonios se está cociendo por allí arriba? Si ves algo sospechoso házmelo saber, que así iré preparándome.

In bocca al lupo e arrivederci a presto!

Recepción

Terminaba la primera mañana en el Arca para el batallón legionario 334, según el horario establecido arbitrariamente en la nave, y su quinta compañía se disponía a comer, después de haber finalizado las prácticas de tiro por orden de su capitán, siguiendo la sugerencia de una de sus sargentos.

–O zea que ha si'o idea tuia, ¿me equivoco? –curioseó el sargento mayor Montoya, que compartía mesa con la sargento laFontaine.

–Solo fue una sugerencia. Además, la tropa necesita una rutina, tanto para no aburrirse como para recordarles que no estamos de paseo.

–Amén, paya. Pero aún alusino que e'te mon'truo tenga instalacione' de tiro.

–Y no creo que sea la única sorpresa que nos aguarda –aseguró el teniente Ramírez, tomando asiento en la mesa y uniéndose a la conversación–. Supongo que no les importará que me ponga aquí.

LaFontaine hizo un ademán acompañado por una tímida y fugaz sonrisa, aceptando de buen grado la proposición. No era habitual que un oficial compartiera la mesa con los sargentos, pero los de inteligencia no solían ser gente habitual, y la misión y las instalaciones invitaban a escapar de la norma establecida.

–Por supue'to que no, mi teniente –respondió Montoya con su alegría habitual–. Dígame, ¿qué má' hay po' aquí?

–Supongo que ya lo iremos descubriendo. Las IAs son bastante recelosas para explicarnos que hay aquí dentro, siempre diciéndonos que encontraremos todo lo que necesitamos. ¡Vete a saber que esconden! –El teniente miró su plato con cara de hastío; hoy, como ayer y mañana, tocaba el famoso puré multinutricional–. Que poco original es la comida de aquí...

–Es lo típico de cuando te encuentras en el espacio –aseguró laFontaine–. Además, tiene todo lo que necesitas.

–E'toy con nue'tro teniente, podrían se' má' originale' –largó Montoya mientras comprobaba la viscosidad de su plato–. Además, tal vez e'to tenga to'o lo que mi cuerpo necesita, pero consume mi alma.

El didyc de laFontaine sonó avisándola que había recibido un mensaje importante. La sargento lo sacó de su bolsillo y lo miró. Su sereno rostro cambió a un expresión más meditabunda y enojada.

–¿Algo grave? –se preocupó Ramírez.

–No. Pero es de esas situaciones que me incomodan –respondió laFontaine.

–¿Alguno de tu' chicos se ha meti'o en lío'? –se interesó Montoya.

–Ojala... –La joven sargento resopló fastidiada y molesta con las novedades–. Aunque una orden es una orden y se tiene que obedecer.

–Pero, paya, ¿qué ha sucedido? No no' tenga' en vilo.

–Sabéis que pronto saltaremos, ¿verdad? –Ambos compañeros asintieron–. Pues han tenido la genial idea de montar una recepción con las personalidades de todas las especies aquí presentes; y, por lo que parece, eso me incluye, y debo ir de gala.

Tanto el sargento mayor Montoya como el teniente de inteligencia Ramírez estallaron en risas.

Los uniformes de gala se hacían a medida teniendo en cuenta las peculiaridades físicas de cada individuo, por eso la sargento laFontaine tuvo que visitar las dependencias de intendencia al terminar de almorzar. La UNAF las había equipado con máquinas tejedoras –capaces de preparar cualquier tela que necesitara el ejército– y con sastres –un tipo de máquina que confeccionaba la ropa a partir de cualquier tela siguiendo un patrón establecido–. En aproximadamente una hora tuvo su traje nuevo.

El uniforme de gala le quedaba como un guante, y una vez engalanada con sus medallas, condecoraciones y menciones, pidió un ascensor para ir a la recepción. En esa fiesta no encontraría a ninguno de sus soldados, ni a nadie más de su compañía, ni si quiera al capitán; los únicos militares invitados en estos actos protocolarios eran los oficiales superiores y cualquiera que hubiera recibido alguna de las más altas condecoraciones, independientemente del rango. También habría más humanos, civiles concretamente, que tanto podían ser políticos –como los representantes de la ONU– o empresarios –como los delegados de las megacorporaciones–. Por otro lado, también estarían las mereleas, que muy seguramente seguirían el mismo protocolo, es decir: militares de largas carreras, políticas con grandes influencias y magnates de las finanzas. Aunque la idea de encontrarse con una representación de las IAs despertaba su curiosidad, ya que raramente se dejaban ver fuera de sus ámbitos de trabajo.

El ascensor llegó a su destino y la sargento salió dándole las gracias como aquel que da una propina. La había dejado en una estancia que simulaba un enorme mirador. Tanto en las paredes como en el techo se veían las estrellas, y la iluminación ambiental estaba en su justa medida, moderadamente fuerte para poder ver con claridad, pero sutil para no romper la atmósfera de noche infinita que se recreaba en su interior. A primer vista podía ver dos barras de bar, una humana y la otra merelea, ofreciendo las diferentes especialidades de sus respectivas culturas. Cada una estaba rodeada por su propia gente, lo cual hacía que la sala pareciera uno de esos bailes de finales de curso donde las chicas, en este caso las mereleas, están cuchicheando en un rincón, mientras que los chicos, en este caso los humanos, se pavoneaban unos con otros. Y del mismo modo que en esos bailes, unos pocos valientes se habían atrevido a ocupar la parte central, gente distinguida que sabían más de lo que decían. A la sargento le tocaba ir a la parte de los «chicos» para presentar sus respetos a sus oficiales superiores, aunque no sabía dónde se

encontraban y decidió preguntar al primer grupito humano que encontró:

–Disculpen, señores. ¿Sabrían decirme dónde podría encontrar al mayor Flanigan, o al coronel Anderson, o al general Davis?

Los «chicos» eran un coronel que escuchaba atentamente la batallita de un joven capitán sobre cómo se había ganado la Estrella Solar. Y la interrupción de la sargento pareció molestar al oficial condecorado.

–Deberías tener más modales, legionaria –se quejó mientras le dedicaba una mirada de superioridad al ver que solo era una simple sargento–. Deberías esperar a que... –Enmudeció de repente al ver la condecoración que colgaba en la pechera. Se cuadró y saludó, lo cual ya había hecho el coronel–. Disculpa. –Tragó saliva–. Hace un momento el general estaba al lado de la barra.

LaFontaine le dedicó una mirada de superioridad, crecida con el orgullo de quien da una lección a aquel que se la merece. Y tardó unos instantes en devolver el saludo para dejarlo patente.

–Gracias –dijo con una sonrisa malévola–. Que tengan una buena velada.

Y dejó que el capitán siguiera haciendo la pelota a su superior.

Tanto lujo y tanta etiqueta la desconcertaban. Las situaciones sociales nunca habían sido su fuerte, era un campo de batalla con unas reglas muy confusas y complejas para su gusto. Se sentía algo turbada y desorientada, casi no oyó quien la llamaba alegremente cuando se acercó al puesto de las bebidas.

–¡Sargento laFontaine! Venga, por favor.

Era el coronel Anderson, un hombre mayor, delgado, de pelo blanco y siempre optimista. Habían tenido pocas oportunidades de hablar tranquilamente, lo que era una tarea pendiente para el oficial. Pero en el fondo, a la sargento le caía bien su coronel y, por ahora, era la única cara conocida.

–Un placer encontrarlo aquí, señor –manifestó mientras respondía al saludo marcial que le dedicaba su superior–. También estaba buscando al mayor Flanigan y al general Davis para presentarles mis respetos.

–Están por aquí –le respondió mientras se servía un pinchito de esferificación de gamba mentolada con suaves aromas de ajo–. Están buenísimas estas cosas. Come una y ya no podrás parar.

LaFontaine aceptó la invitación y degustó una de esas bolitas que, en color poco se diferenciaban del puré multinutricional, pero en sabor era superior, mejor dicho, esos canapés sí tenían sabor.

–¿Todo bien, laFontaine? ¿Se encuentra cómoda en el Arca? ¿Su tropa se aclimata correctamente? ¿Sus superiores la tratan con respeto?

–Sí a todo, señor.

–Vamos, relájese mujer. Disfrute de todo esto –Anderson le dio un golpecito amistoso en el hombro–. El Arca es una pasada. Fíjese, parece que en esta sala estamos rodeados de estrellas,

es como si hubiera ventanas en todas partes –le comentó señalando a su alrededor, con las paredes mostrando el exterior de la nave: a un lado, el planeta santuario y la estación, en el otro, el infinito universo salpicado de estrellas, y entre medio, todas las naves de la flota –. Claro que tienen que ser unas pantallas, porque la pared del ascensor también nos muestra el espacio.

–El despliegue de medios del cual son capaces de realizar nuestros anfitriones es impresionante, señor.

–Venga, vamos a buscar al viejo.

Encontraron al general que se estaba despidiendo de unos representantes de la ONU con quien había debatido unos trascendentales temas vánales

–General, le presento la sargento laFontaine, que está sirviendo en mi regimiento.

El alto oficial, un hombre mayor, calvo y con algo de sobrepeso, la saludó y rápidamente la sargento le devolvió el saludo.

–Un placer conocerla al fin, sargento.

–Lo mismo digo, señor.

El coronel soltó una risilla ahogada.

–¿Algún problema, coronel? –inquirió el general.

–¡Vamos! Tiene que reconocer que esto del protocolo de gala con lo de la medalla tiene su gracia –replicó Anderson divertido.

–Es una de las múltiples maneras que tenemos de reconocer el esfuerzo de nuestros héroes, coronel.

–Lo sé, lo sé, pero...

–Comprendo el punto de vista del coronel, señor –interrumpió la sargento–. Y si me permiten hablar libremente, creo que en situaciones como estas es más como si se tratara de un anuncio publicitario que un reconocimiento a mi labor, señores.

–LaFontaine, en el fondo también comparto su opinión –confesó el general–, pero si hemos venido a esta recepción también es para mejorar las relaciones diplomáticas –y añadió en voz baja–, lo cual tampoco me gusta; lo encuentro una pérdida de tiempo y fuera de nuestras obligaciones.

El coronel asintió y cogió otro canapé esférico.

La conversación siguió fluidamente mientras otras personalidades se acercaban a saludar, incluyendo el mayor Flanigan, que también tuvo que cuadrarse ante la sargento con el coronel aguantándose la risa. Todos los que vinieron fueron humanos, ya fueran otros militares, altos políticos y representantes de la naciones humanas, o los sibilinos delegados megacorporativos. Las demás especies aún no se habían acercado.

Al cabo de media hora, en un pequeño entarimado en el fondo de la sala, un miembro de las IAs se dejó ver, llamando la atención de los presentes.

–¡Un isaac! –exclamó el coronel.

Se trataba de un robot antropomórfico, de proporciones perfectas y con unos impecables acabados. Su rostro, parecido a una dulce cara humana, era un holograma representado en la

superficie de su perlada cabeza. El resto de su cuerpo compartía el mismo color perlado, haciéndolo brillar con una aura semidivina entre las estrellas que envolvían la sala. A ese tipo de androide se le llamaba comúnmente isaac, y eran caros de ver, ya que eran el modelo de las IAs más bien dotado, tanto en fuerza como en inteligencia, de todos los que se conocían.

–Sed todos bienvenidos en Arca. Esperemos que sea nuestra casa común tanto hoy como en los tiempos venideros...

La voz del androide era perfecta, tenía el tono de un barítono amable y agradecido. El discurso fue amistoso y cordial, y aunque también fue largo, nunca se hizo pesado. Hablaba de forma serena, apacible y segura, como si lo hubiera hecho toda su vida, o como si ese fuese el motivo de su existencia.

Instintivamente, la joven sargento abandonó a sus compañeros buscando un lugar mejor para ver al ser inmaculado que se dirigía a los mortales, acabando en el centro de la sala al finalizar el discurso.

–Vicky laFontaine, ¿verdad?

Era una voz grave de mujer quien la saludaba. Una voz que reconocía, de una mujer difícil de olvidar por mucho tiempo que hiciera de la última vez que hablaron.

–Embajadora Sirelea, un honor verla por aquí –respondió Vicky con suma cortesía.

–El honor es mío –contestó la mereleya con una amable y cálida sonrisa dibujada en su rostro–. Saber que estás por aquí siempre es un motivo para sentirse tranquila y segura.

–Me halaga, embajadora; pero únicamente me he limitado a cumplir con mi deber. –Su ojos lanzaron una rápida mirada al isaac–. ¿Por qué se dejan ver tan poco? Incluso aquí, que podríamos decir que estamos en su tierra.

–Se lo podrías preguntar tú misma. Ven y te presento a nuestros anfitriones; estarán encantados de conocerte.

La embajadora, seguida por laFontaine, se acercó al isaac dedicándole un gesto de cortesía, y él interrumpió su charla con uno de los maestros de La Academia que acompañaban la expedición, para saludar a las dos mujeres como era de menester.

–Buenas noches, eiter Sirelea. Veo que viene acompañada.

La embajadora sonrió grácilmente, saludando así a ambos individuos. Las IAs eran siempre muy consideradas, y siempre se dirigían a las personas usando el título que tuvieran entre su gente.

–Quería presentarles a la sargento laFontaine –anunció señalando cortésmente a la joven militar–. Él es el ilustre maestro Ivan Gurdjieff, el representante de La Academia en el Arca.

El psíquico alargó la mano, que Vicky estrechó amistosamente sintiendo una leve punzada en su cerebro, poniéndola en guardia, aunque si no hubiera sido por su condición mental singular y su entrenamiento especial, ni siquiera hubiera notado la intrusión.

–¡Oh! Perdóname –se disculpó el maestro–. Es un acto reflejo, no quería causarte molestias. Pero no te fíes de tu capacidad, aún puedes mejorarla y entrenarte más. Cuando quieras, La Academia te instruirá. ¿Sabes que eres una celebridad entre nosotros?

–Simplemente soy lo contrario a ustedes, el polo opuesto –argumentó la sargento–. Y me viene de nacimiento, no tiene ningún mérito.

–Eres mucho más que eso, y lo sabes, y te admiramos por ello –replicó Gurdjieff.

Los dos humanos deshicieron el apretón de manos y la embajadora prosiguió con la presentación.

–Y él es Gabriel, el representante diplomático de nuestros anfitriones.

El androide también tendió la mano a la humana, que le correspondió agradecida.

–Al igual que en La Academia, usted también es una celebridad entre nuestra gente.

–¿Y eso? –LaFontaine se mostró muy sorprendida, tanto porque las IAs se hubieran fijado en ella, como porque fueran capaces de admirar a un ser orgánico.

–Ha demostrado ser capaz de alcanzar el éxito cuando todas las posibilidades apuntan al fracaso.

–Oh... bien, supongo –fue lo único capaz de responder la más que asombrada humana. Un sentimiento compartido con los presentes, que era la primera vez que oían a una IA elogiando a alguien–. Esto... Supongo que si eres el representante, significa que hay otras IAs involucradas en la expedición.

–Ciertamente. Casi todos los demás son autómatas obreros o robots de diagnóstico y reparación con lo que poca relación vais a poder tener con ellos.

–¿Casi todos? ¿Quién no?

–En lo que definiríais en vuestros términos, solamente somos dos modelos superiores. Pero Wyg es algo tímida, aunque se ha personado en la recepción.

En esos momentos se presentó una esfera brillante achatada por los lados y del tamaño de una pelota de balonmano que flotaba entre la gente. Se apreciaba un frontal donde se adivinaba lo que era algún tipo de sensor óptico y por detrás llevaba escrito «Wyg».

–Hola –dijo secamente con una voz metálica algo femenina.

–Wyg, te presento a...

–Victoria laFontaine García vonNeumann Smith, también conocida como Vicky entre sus amigos y allegados. Actualmente es sargento en la Legión, se ofreció voluntaria para mandar un pelotón penal estándar. Sus padres son...

–Wyg, por favor –le interrumpió Gabriel severamente–. Esto no es el comportamiento adecuado para esta situación.

–Solo quería demostrar que ya sé quien es –se excusó la IA.

–Tendrá que disculpar a mi compañera, no está acostumbrada a tratar con gente que no sea de nuestra especie, ni acatar las normas del protocolo social.

–Comprendo, no pasa nada –dijo Vicky quitándole importancia a lo sucedido.

Wyg miraba fijamente a la humana, como si estuviera analizando la situación y determinando el siguiente paso a seguir:

–Supongo que ahora deberíamos encajar las manos. –La esfera miró la humana de arriba abajo–. Pero resulta que no tengo manos. –Wyg volvió a centrar su ojo en la cara de la humana–.

Aunque tampoco las necesito.

–Los humanos solemos decir que ni tenemos todo lo que necesitamos, ni necesitamos todo lo que tenemos.

–Qué existencia más incompleta, debéis ser muy infelices.

LaFontaine hizo una contenida mueca de displicencia.

–Disculpa, no tengo aptitudes para este tipo de relaciones con seres sintientes orgánicos. Mejor que me limite a decir que soy la encargada de todos los aspectos técnicos relacionados con la expedición y referentes a mi gente.

Hizo un silencio que aprovechó para observar a los presentes, antes de continuar:

–Hola. Me llamo Wyg y soy la encargada de todos los aspectos técnicos relacionados con la expedición relativos a mi gente. Un placer conoceros. –La esfera asintió a modo de saludo–. Ahora, si me disculpáis, os dejaré otra vez con Gabriel para que podáis quejaros de mi comportamiento poco escrupuloso.

Y tal como llegó, la rueda brillante se fue flotando hacia las estrellas del fondo de la sala.

–Sois curiosos –comentó el maestro al androide.

–Hemos formado una sociedad siguiendo unos parámetros de necesidad muy diferentes a los de la vida orgánica –respondió el androide.

–Lo dudo –objetó Vicky–. Vuestra sociedad se parece a lo poco que sabemos de los espectros, y ellos son orgánicos.

–Tienes razón, y debo rectificar –se disculpó Gabriel.

–¿Y aún te preguntas por qué te admiran? –intervino Sirelea–. ¡Acabas de hacer rectificar a una IA!

La recepción no se alargó mucho más y los invitados fueron despidiéndose de sus conocidos para recluirse en sus cámaras y prepararse para el salto.



Star Gazer

La mirada al universo que no quieren que hagas.

EL ÉXODO DEL SANTUARIO

Como ya informamos anteriormente, la UNAF está llevando a cabo una movilización de efectivos nunca vista hasta la fecha, y si a esto le sumamos la campaña de reclutamiento a la cual nos están sometiendo desde ya hace un par de meses, es fácil llegar a la conclusión que algo grande está en ciernes. Sin embargo, hoy hemos podido confirmar la inquietante noticia de que todo este potencial militar desplegado durante estos días se ha reunido en el Planeta Santuario, y no solo eso, sino que acaba de partir hacia un nuevo destino.

Se trata de una expedición conjunta de las tres especies inteligentes, por lo cual también se han divisado varios efectivos tanto de las mereleas como de las IAs. Sin embargo, a nadie se le escapa que nosotros, los humanos, somos los más numerosos, y corren muchos rumores que nos tocará encargarnos del trabajo sucio. Pero, ¿qué trabajo es?

Algunos informes apuntan que las mereleas encontraron una flota espectral a unos veinte parsecs del Planeta Santuario. Por lo que dicen, dicha flota está en hibernación y oculta en la órbita de un planeta habitable recientemente descubierto. Si fuera así, sería la primera vez en la historia que se puede tomar la iniciativa ante tal amenaza. Sin embargo, a nadie se le escapa que llevar a cabo dicha acción puede ser tan peligro como sacudir un avispero.

Otros informes indican que se ha hallado otra especie igualmente evolucionada, pero que no ha sido posible establecer contacto con ellos, por eso se ha optado por la movilización de tropas como medida preventiva. Dicha especie, por lo que parece, posee varios sistemas solares con uno o más planetas habitables en cada uno de ellos. Dichos planetas también son aptos para nuestro tipo de vida y de gran interés para nuestros gobiernos.

Además, juntamente a esta información, hay otra que reafirma la teoría de que la especie que habitaba el Planeta Santuario, ya hace mucho tiempo, sigue existiendo todavía, aunque puede que de forma primitiva. Por eso también hay que tener en cuenta que se haya establecido contactos con esa especie y que actualmente estén luchando contra los espectros.

Seguiremos informando, desde la libertad y con veracidad.

Stargazer 112

4 Respuestas al tema «El éxodo del Santuario»:

Últimos temas

[El éxodo del Santuario](#)

[Superestructura en Gliese 581](#)

[Detectados picos electromagnéticos en Épsilon Eridani](#)

[Jane Badler, alta comisionada de la ONU](#)

[Xenoarqueología en Procyon](#)

[Saturación del transporte interestelar](#)

Espacio Profundo

[Mandela, la primera astronave humana con impulsor arreactivo](#)

[Se detecta otro planeta errante a 15 parsecs de Sol](#)

[Ampliado el radio de análisis taquiónico](#)

Solitario

Tengo un conocido que se alistó en la UNAF para poder conseguir la nacionalidad en Tau Ceti. Sería demasiado perverso que jugaran con nuestras ilusiones para poder engrosar sus filas.

De-evolutivo

La cooperación entre especies siempre es bien recibida, pero asusta que las IAs se estén involucrando tanto, y más después de todos estos largos años en silencio.

Teurón

La verdad es que temblé de miedo cuando la embajadora SonIA dijo que nos hallábamos en un momento propicio para la cooperación y volver a estrechar los lazos del común entendimiento.

Viajero

Personalmente, creo que ya hacía muchos años que la conquista espacial estaba enquistada. Pudimos salir airoso de la Guerra del Segundo Contacto, y nuestra tecnología es muy superior a la que teníamos durante la Guerra del Espectro. No debemos temer a nada de lo que haya allí fuera, debemos seguir adelante.